

Sergio Bagú (1911-2002)

Cuando me pidieron que escribiera un texto recordando a Sergio Bagú, fallecido el dos de diciembre de 2002 –a los 91 años– en la Ciudad de México, tuve que dejar pasar cierto tiempo para poder filtrar un poco el afecto y hospitalidad con que Sergio me recibió todas las veces que lo visité en su departamento de la Avenida Revolución, en aquella ciudad. Lo conocí ya al final de sus días, con 89 años; había comenzado a leer su último libro –publicado en 1997– *Catástrofe política y teoría social*, y esas conversaciones me revelaron a un hombre con una extraordinaria lucidez y con un amor entrañable a su país, a pesar de su trayectoria internacional, siempre pensando en él.

Si bien nunca compartí su perspectiva política, un enorme respeto por su trayectoria y su pensamiento me ayudaron a comprender mejor la crisis argentina. Posiblemente porque se trata de una trayectoria personal donde el compromiso intelectual estuvo siempre ligado al político.

Don Sergio, como cálidamente se le conocía en México, nació en Buenos Aires, ingresó al mundo académico y a la política durante los aciagos años de la Década Infame. Como estudiante de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA fue electo dos veces Presidente de la Federación Universitaria Argentina, durante la presidencia del Gral. Agustín P. Justo, pero la falta de recursos le hizo suspender sus estudios un año antes de recibirse. Y allí comienza toda una trayectoria más abierta, impulsada por una doble necesidad, la de mantenerse económicamente y la de intervenir en la construcción de un mundo acorde a sus ideas. Así pasó de dar clases particulares a alumnos del secundario a trabajar como periodista, llegando a ser Jefe de Noticieros de Radio Splendid, pero habiendo trabajado antes en Pregón, Noticias Gráficas, Nueva Palabra y Palabra Libre.

Su inclinación a la producción escrita lo llevó a participar –desde 1939– en los congresos de escritores argentinos y ello le abrió las puertas de otros horizontes. Porque en 1942, en su condición de autor joven, fue invitado por Franklin D. Roosevelt, Presidente de Estados Unidos, dentro de un programa de acercamiento que ese gobierno promovía entonces con jóvenes de América Latina. Y luego, al año siguiente, ya es invitado a participar en el Congreso Internacional de Escritores que se realizó en Los Angeles, California.

El joven Sergio Bagú por entonces no deja de lado su perfil de periodista y lo combina con la actividad académica, comenzando a desempeñarse en el periodismo radial, en la cadena NBC, emitiendo un programa semanal en español, en onda corta, para América Latina; y ofreciendo cursos y conferencias en las Universidades de Illinois, en el Middlebury College (Vermont) y en la Universidad de Columbia (New York).

Ya de regreso en la Argentina, hacia 1947, sus ideas contrarias al proceso revolucionario del peronismo lo hacen establecerse en Montevideo, donde termina de escribir su reconocida *Economía de la Sociedad Colonial*.

Pero su estadía en el cono sur es corta, ya que a los dos años –1949– accede, mediante concurso internacional, al cuerpo de traductores de las Naciones Unidas, obteniendo el segundo lugar en América Latina, lo que lo lleva a establecerse nuevamente en EE.UU. hasta 1955.

A fines de 1956 gana un concurso para ingresar como profesor asociado a la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, donde al poco tiempo fue promovido a profesor titular, luego consejero superior y Director del Dto. de Humanidades. Permaneció en ese puesto hasta 1966, cuando se produjo una renuncia masiva de profesores universitarios en todo el país, como respuesta a la intervención dictada por el régimen militar del Gral. Onganía. En la Facultad de Ciencias Económicas dictó los cursos de *Historia Económica General y Sociología Económica*. Pero su actividad excedió ese marco; las facultades de Filosofía y Letras, la de Derecho y Ciencias Sociales, como también las universidades del Litoral, del Nordeste, de La Plata, Bahía Blanca y Córdoba, disfrutaron de sus cursos, conferencias y seminarios. Junto con Gregorio Weimberg, Enrique Barba y Juan Carlos Ferreira, cofunda y codirige la *Revista de Historia*, y promueve la creación del Instituto de Desarrollo Económico y Social, de Buenos Aires. Más tarde, los sucesos de 1966 lo llevan a trabajar en Santiago de Chile, Perú y en Venezuela (Caracas y Mérida), siempre como profesor invitado.

En 1970 es invitado a incorporarse a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile, donde permanece como Investigador Titular hasta 1973. En ese año, a raíz del golpe militar, regresa a Buenos Aires, donde se incorpora al recientemente creado Programa Buenos Aires de la misma institución y donde permanece hasta fines de 1974.

Como para asentarse después de semejante recorrido por las universidades e instituciones latinoamericanas, en 1974 es invitado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde se incorpora primero como profesor visitante y luego como profesor titular. Allí es

miembro del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), y dicta cursos sobre Historia de América Latina y Problemas Contemporáneos de América Latina, para estudiantes de Maestría y Doctorado, lo que hizo por más de 25 años y hasta el final de sus días.

Imposible recorrer su trayectoria en premios y contribuciones a las ciencias sociales latinoamericanas. ¿Cómo definir en tan pocas páginas una producción de más de 200 artículos, más de 15 libros, las conferencias, etc?. En realidad se trata de un tipo de intelectual donde el compromiso con la producción de pensamiento no estaba atado ni mediatizado por cuestiones burocráticas ni monetarias como planillas de incentivos, categorizaciones, o todas las mañas que la academia recrea para “inflar” currículums. Más aún, mucho de lo que aquí se comenta ha sido fruto de un trabajo que al efecto Claudio Bagú –su hijo– realizó para que pudiéramos impulsar el otorgamiento de un Honoris Causa. Ese reconocimiento de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, un año antes de morir, fue un gran acierto, pero allí nos dimos cuenta que Don Sergio no había armado nunca un currículum, hubo que hacerlo conversando con él y registrando las fechas de sus publicaciones, mientras él revisaba todos los días sus fichas acumuladas y ordenadas en un viejo fichero metálico, y cotidianamente agregaba ideas a su último libro que no alcanzó a publicar. Todavía, con mas de noventa años, dio clases magistrales en El Colegio de México, inolvidables. Entraba a la sala, y con su metro noventa de bondad, saludaba de la misma manera a Pablo Gonzalez Casanova, a Hugo Zemelman, como al desconocido historiador que escribe estas notas. Su sonrisa no dejaba de abrazarte y, muchas veces, con una mirada abierta de ojos cristalinos –quizá la misma de aquel joven presidente de la FUA– te invitaba a compartir una discusión de historia, de política, y –por qué no decirlo– su esperanza– como un par más. En tiempos tan duros como los que vivimos, intelectuales como Don Sergio nos ayudan enormemente a seguir construyendo. Porque como lo ha dicho él mismo en su último texto “...*¿Quién puede negarnos el derecho de regresar a esa vieja utopía según la cual el ser humano no es un monstruo que solo vive para autoinmolarse y que, por el contrario, es capaz de alimentarse de lo justo y de lo bello?*”. En eso estamos, y Sergio Bagú Bejarano, como tantos otros, nos acompañan.

Juan Quintar

